





EL VUELO DE ÍCARO



Ignacio Morán

EL VUELO DE ÍCARO





Primera edición: julio de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ignacio Morán

© Ilustración de portada: Fresco de La Casa de Sacerdos Amandus en Pompeya

ISBN: 978-84-16824-50-2

ISBN digital: 978-84-16824-51-9

Depósito legal: M-21246-2017

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



A mis compañeros/as de viaje



«... la más hermosa de todas las dudas
es cuando los débiles y desalentados levantan cabeza
y dejan de creer
en la fuerza de sus opresores.»

BERTOLT BRECHT
(1898-1956)





Nota del autor

Todos los personajes que aparecen en esta novela son, exclusivamente, fruto de mi imaginación. En nada pueden relacionarse con personas reales. Por el contrario, la cotidianidad y las situaciones en las que se mueven por este libro, entran dentro de la más cruda realidad de nuestro tiempo.



Prefacio

Hay veces que una idea se hace fuerte, se agarra a cualquier repliegue de nuestra cotidianidad y allí va madurando. Esa seguridad, se enriquece con lo que sentimos, con lo que vemos, con lo que somos, con lo que queremos... Hasta que un día aquel fermento de reflexión, seguro pero juncal, deviene en un proyecto que impide la llegada de nuevas ideas e incluso condiciona la ilusión de otros conocimientos. Entonces, el ebanista ha de subir la madera al banco de trabajo, el inventor deja el mundo de las hipótesis para entrar en el laboratorio, el labrador ha de tomar sus aperos de labranza... Y en mi caso, aquella idea originaria que venía de lejos, me obliga a tomar un cuaderno nuevo para que esta novela pueda iniciar su propio vuelo.

Creo que de ese modo surgió *El Vuelo de Ícaro*. Un relato que no tiene otro ánimo que el de acompañar, desde la literatura, este tiempo nuevo y tumultuoso que nos rodea. Ser, desde su propio rincón, «un humilde actor de la acción y los caracteres del bronco ambiente que nos abruma», que diría don Alejo Carpentier.

No busca participar en las problemáticas existenciales que, civilización tras civilización, continúan cercando al individuo y a la humanidad. Se equivocará quien vea esta obra como una novela comprometida, no lo es; y si lo fuese, lo sería a pesar de que el autor haya querido que no lo sea.

Nada me gustaría más que acertar en la definición del hecho novelado, en haber fijado correctamente lo sustancial del proceder de los personajes, y, por supuesto, no haber errado demasiado al subir al trasunto de estas páginas la realidad de lo que ocurre. De ser así, me daría por satisfecho.

En ese cuaderno nuevo, bajo el título de *El vuelo de Ícaro*, fueron creciendo las dificultades y las fortalezas que nos ha traído el devenir de la crisis económica: la aparición de grandes fortunas, la conflictividad social, los recortes cuantitativos y cualitativos del bienestar de los ciudadanos, el desempleo, la falta de oportunidades de los jóvenes, la pobreza, las prevenciones que suscita el cambio climático, el cerco a la intimidad... En suma, las incertidumbres que se abren en una sociedad que teme por su futuro y el de los suyos.

Al hilo de estas y de otras quimeras, se caracterizan la estructura y los personajes de este relato; los centrales, y también otros que son más circunstanciales. Absolutamente todo, actores y ambientación, se desarrolla en ese territorio de brumas y vacilaciones que es la búsqueda constante de sus propios claros y certidumbres.

Adolfo Antuna, hijo de un empresario de éxito, es un joven treintaero varado en la estación de la universidad con la pancarta en alto, que ha visto pasar demasiados trenes, que soñó y sigue soñando con ser la voz de los desheredados de la fortuna. Desde la coherencia y el compromiso, pero sin las urgencias de satisfacer las necesidades vitales de otros jóvenes, observa el fluir de ríos de desesperación, pero también de otras actitudes cargadas de rebeldía y de esperanza.

María Cornejo, «Juanita», es una mujer pragmática y posibilista que encarna el ardor y el dinamismo ruidoso de la calle. Es todo coraje y decisión, pero la entrega a esa causa absoluta

de regeneración no le impide preservar su espacio de intimidad y las necesidades personales más perentorias.

Carmina Antuna hablará desde la suficiencia y el individualismo a veces doloroso, pero siempre incluirá el éxito personal. Y don Adolfo, y Begoña Martínez, y Marisa Alierta, y Miguelón López... Todos, junto a los otros más ocasionales, configuran el padrón de este libro con sus propias circunstancias, con su mochila de apreciaciones e indiferencias. Ellos forman la parte sustantiva de aquel proyecto que fue desarrollándose en la rugosidad del pensamiento y, en gran medida, responsable de esta propuesta narrativa.

El arraigo y la necesidad de habilitar una posición social siempre están en el horizonte de los personajes, y el desenlace final, que se deja caer de manera estrepitosa, es la nota que viene a reforzar aquella certeza.

Por último, constatar la evidencia de que la historia grande que aletea en las páginas de esta novela es la verdad de un gran fracaso común que nos acerca al cambio de rumbo o al desastre. Es la historia amarga de unos inventores de sueños, tristes dédalos de la economía global, que nos hicieron creer que en las artes del vuelo encontraríamos la salida de todos los laberintos, pero ahora estamos viendo, estupefactos, que solo nos han conducido al Mar de Icaria.

EL AUTOR



1

Al día siguiente volvió al centro de la ciudad, quería ver a plena luz el campo de batalla de la noche anterior. Era consciente de la gravedad de lo ocurrido, pero también de que nada pudieron hacer para evitarlo: unos y otros perdieron el control de la situación y aquello fue un «sálvese quien pueda».

Las patrullas de limpieza, los jardineros, los empleados de las compañías contratadas al efecto... Todos se habían empleado a fondo y aun así el paisaje urbano era desolador: los setos de la mediana arrasados, el cerco calcinado de las hogueras, cabinas de teléfonos arrancadas de sus asientos, cajeros quemados o fuera de uso, escaparates reventados y sujetos a duras penas con cinta de embalar... Lo miraba todo de reojo y, ante la magnitud de los daños, apretó el paso hacia el recinto porticado de la plaza mayor.

Era sábado y en el reloj del Ayuntamiento caían las ocho. Algo más tranquilo, inspirando profundamente para acompasar su respiración, entró en el lujoso bar-cafetería Sapporo.

El «Fiti», con su aire de niño pijo, iba hecho un pincel: pantalón vaquero, cinturón de cuero crudo, camisa blanca de lino con bolsillos, chaqueta informal y unos zapatos negros de piel. Todo de última moda, buena marca y de lo más caro.

La violencia descontrolada de la tarde anterior le había quitado las ganas de salir, pero había quedado con Marisa Alierta en aquella cafetería y allí estaba.

—Podemos ir al cine y después, si nos apetece, damos una vuelta por Rosales o cualquier otro sitio —le había dicho por teléfono.

Por unos días suspenderían los mensajes, el activismo en foros, aplazarían las reuniones de coordinación y todo tipo de encuentros; de manera informal conectarían por el campus y «si era poco, mejor aún», pensaba con preocupación.

Adolfo Antuna estudiaba Periodismo y Ciencias Políticas, dos licenciaturas que sacaría a la vez y en cinco años o, como mucho, en seis. En abril cumpliría veintiún años y toda su vida giraba en torno a la universidad: asistir a clase, hacer trabajos individuales y de grupo, realizar prácticas en cabeceras asociadas, participar en la revista *Aire Joven*, que editaban en la facultad; formar parte de la asociación de estudiantes y de la junta de delegados... Además, en los últimos meses se habían añadido los quehaceres para levantar aquella organización que creían estaba llamada a cambiar el estado de cosas.

No le faltaba nada de cuanto pudiese desear un chico de su edad; él lo tenía todo: libros, discos, lo último en electrónica, dinero en el bolsillo... Y era evidente que no le gustaba privarse de ningún capricho.

—Tú anda a lo tuyo, que ya me ocuparé yo de que tengas lo que sea preciso —le decía su padre orgulloso cuando le enseñaba las papeletas de notas, invariablemente excelentes.

Desde que sus padres se habían separado, vivía con su madre y la hermana Carmina en un piso dúplex de la zona más exclusiva de la capital. Solo tenía doce o trece años, pero no recordaba aquello como una tragedia familiar, sino más bien

como el remate civilizado al distanciamiento en el que vivía la familia.

Su padre, dueño de los Almacenes Antuna, era uno de esos emprendedores a los que ahora llaman «empresarios de éxito».

—Quienes conocen a papá confirman su incuestionable sagacidad para los negocios y una capacidad de trabajo fuera de lo común.

De pequeño le habían contado que bajó de Asturias con una mano delante y otra detrás, pero con una idea fija en la cabeza y mucha decisión para llevarla a cabo. Con firmeza inmisericorde hacia propios y extraños, el joven de Mieres, se fue abriendo paso en el mundo de la distribución alimentaria: primero fueron los productos de temporada que movía de acá para allá en su vieja furgoneta y después con un camión Pegaso de segunda mano. Aquel muchacho, frío hasta el descaro en las empresas más arriesgadas, percibió el fabuloso margen de beneficio que había entre campesino y el consumidor y por ahí metió la cabeza el chico más viejo del abuelo «Manolón».

En los comienzos necesitó de socios, de avalistas, de gestores, de propietarios de almacenes, de camioneros que le hicieran los portes... Pero se fue deshaciendo de todos hasta quedarse solo al frente de una empresa pujante y administrada con mano de hierro. Su temperamento no le permitía guardar horarios ni admitía otras distracciones que no conllevaran la búsqueda del éxito en cualquier empeño: El trabajo y el negocio eran el becerro de oro de un credo que exigía dedicación absoluta.

Veinte años había tardado su padre en poner luz a esa obsesión. Veinte largos años para alzar su divisa sobre aquel complejo comercial, de diseño futurista, que representaba el triunfo indiscutible de su idea de negocio y anunciaban a la

competencia que el Grupo de Alimentación Antuna había llegado para quedarse.

Después de tantos años de lucha, por fin veía centellear aquellos neones desde la primera rotonda de la mayor concentración industrial de la capital.

—¡Cuánto trabajo había detrás, Dios! ¡Pero claro que había merecido la pena! —le había manifestado su padre.

Exigente y resolutivo, rechazaba como una pérdida de tiempo todo lo que fuese detenerse para mirar atrás. Desoía las consejas de la abuela María del Carmen pidiéndole que disfrutase de la vida, pero le enfurecían los reproches de su mujer por el hecho de anteponer la empresa a cualquier otra cosa. No, a don Adolfo nunca le gustó mirar al pasado.

—¡Coño Adolfo, que lo dice la misma palabra! El futuro está delante y ¡ese ha de ser el objetivo! Detrás solo hay pasado, bueno o malo pero pasado —afirmaba con energía, ante un niño que le miraba con cara de asombro.

—El día que inauguró el Centro de Distribución —le contó su hermana emocionada— vinieron muchos fotógrafos y gente importante: autoridades, banqueros, comerciantes minoristas, empleados, colaboradores... Pero nadie de la familia. Solo la pequeña Carmina no había querido perderse aquel momento de gloria y allí estaba, a pie firme, con una sonrisa orgullosa agarrada a la mano de su papá.

Su padre había dejado un largo rastro de despidos y deslealtades, de socios arruinados, de empresarios resentidos ante disyuntiva de venderle su negocio o quebrar... Un coste personal muy alto: el enfado con su hermano Millán, que fue delegado para gestionar los productos de Asturias y Cantabria y una pieza clave en los comienzos; el engorroso encaro con su cuñado Toño, que había resultado ser un blando para

gestionar la exclusividad de las legumbres de La Bañeza y las chacinas de Astorga; la dolorosa ruptura con los padres, Manuel y María, por su empeño en ponerse siempre de la parte que llamaban «débil»; el asunto de los hijos de la tía Casildita, a los que despidió por gandules y enredadores... Incluso había perdido a su mujer, que fue incapaz de seguirle en aquella locura que convirtió los primeros años para asentarse en la jungla empresarial de Madrid.

—Con mi vida, Adolfo, se podía escribir un libro bien grandote.

—Yo te lo escribiré cuando sea mayor papá —le había dicho, tratando de agradar.

—No hijo, tú lo que tienes que hacer es estudiar mucho y cultivarte para que puedas hacer más grande lo que he conseguido, y para que escribas tus propios libros —le había contestado con gesto serio.

—Pero es que yo quiero ayudarte.

—¡Ea! He dicho que se acabó y no hay más que hablar. Prepara la bolsa, que debemos volver a casa de tu madre. ¡Tu padre aún tiene muchas cosas que hacer esta tarde!

«La Begoña» o «Begoñita la de Agustín», como se le conocía en la parroquia, era la moza más deseada de Figareo y su padre, un hombre viudo y de carácter avinagrado que ejercía de encargado en La Minero, la guardaba con tal celo que los mozos no se atrevían a cortejarla. Pero Adolfo Antuna se presentó un día en el prado que tenían delante de la casa, y con todo aplomo le dijo al capataz:

—Verá señor Agustín, digo yo que quiero casarme con su hija. Ahora mismo uno no es que tenga mucho, pero hemos hablado y los dos estamos de acuerdo. Cuando formalicemos el casorio tenemos planes para emprender juntos...

—¿Y tú quién carajo sos? ¿No eres el chico que anda al trato de las fabes y las verduras de plaza en plaza? Pues has de saber, rapaz, que mi hija vale mucho, y que no se va a casar con el primer «pelao» que venga a pretenderla.

—¡Oiga señor! Yo le he tratado con respeto, no soy ningún «pelao» y tengo ideas de futuro para el negocio. ¡Me llevaré a Begoñita con su bendición o sin ella, así es que usted verá!

Pasada la calentura del tío Agustín, la familia de Begoña consintió y se casaron en la Iglesia de San Juan Bautista rodeados de gaitas y tambores. La celebración fue muy nombrada y no faltó la carne en el banquete, ni los padrinos escatimaron la sidra de los mejores *llagares* o las *fayuelas* para el convite público.

Después de los esponsales, sus padres bajaron a la meseta con la empresa y las ilusiones auestas; pero la ciudad del Bernesga también se quedó pequeña y, ganada la posición, se vinieron a la capital.

A mi madre se le vino el mundo encima: con dos niños pequeños y sin otra familia en Madrid reclamaba con insistencia la atención de su marido, pero él ya no estaba para aquello. Después vinieron los disgustos, las ausencias y las infidelidades hasta que mamá no pudo más y le pidió que se fuera a vivir a otro sitio. Y Adolfo Antuna se fue, pero juró que a su mujer y sus hijos jamás les faltaría de nada.

Sonrió al pensar en el respeto que le infundía de niño la figura de su padre: el aire de gravedad que imprimía a las palabras, que siempre cumpliera lo que prometía, la ponderación a la hora tratar las cosas, el temple que guardaba en las dificultades, ese arrojo irresistible en los negocios que nadie le discutía... Pero el mimo y la hondura de su afecto infantil siempre fueron para su madre. En cambio, Carmina

no aguantaba el carácter posesivo de Begoña y sentía veneración por su padre.

Fue espaciando las visitas a la casa paterna y ni siquiera se molestaba en disculpar las ausencias: primero en el instituto y después en la universidad; encaminó los pasos hacia otros territorios y los negocios de su padre se alejaron definitivamente de sus intereses.

Se sentó a la barra y pidió una caña. En el televisor que colgaba de la pared del fondo, tres o cuatro tertulianos vociferaban interrumpiéndose de forma maleducada y soez.

—Lo que se pretende con esos programas basura —decía don Mariano— es la sustitución del criterio monolítico y aburrido de los intelectuales por otro más primario de opinantes a sueldo. Estos personajes se muestran más abiertos a las urgencias de la cadena en la cuestión política, y en otras muchas de estrategia comercial. Son productos, mis queridos alumnos, que llegan mejor al gran público: están pensados exclusivamente para entretener o adormecer la capacidad crítica del personal.

—La enjundia de estos espacios es bien sencilla: sacar a balleo las interioridades de algunos famosillos, los líos de faldas de los señores, el cotilleo del servicio doméstico... Al fin y al cabo, las miserias de la gente. En esos shows de falso debate elevan estos asuntos a la categoría de noticia para hurtarle a la sociedad la verdadera información —decía don Felipe Quesada, quien fuera jefe de redacción de una mítica cabecera.

Cogió uno de los periódicos que había sobre la concha de las tapas, pero lo soltó como si aquellos papeles le diesen calambre: en la portada, debajo de un titular que anunciaba con gran alarde tipográfico «¡Arde el centro de Madrid!», se veía una foto de contenedores ardiendo en medio de una densa

humareda. En primer plano, debajo del pasamontañas negro, vio a «El Cura» lanzando un cóctel molotov contra la policía y a estos, sorprendidos por la virulencia de la contestación, parapetados detrás de los escudos.

En las páginas interiores se incluía una amplia galería de fotos: al «Mellado» corriendo con un proyectil en la mano; el «Campesino» e «Isidoro II» lanzaban las piedras y trozos de adoquines que servían desde la cantera abierta en el paseo; en el otro extremo, el «Volado», bajo la kufiya palestina que le ocultaba la cara, se aplicaba con su cachiporra en los escaparates; y, a pie de página, aparecía él a cara descubierta pintando una fachada con el bote de espray.

—¡Mira que son ganas de joder lo de este fotógrafo! Menu-do marrón nos va a colocar este capullo.

Por la cristalera vio llegar a Marisa: alta, bien vestida, con gafas oscuras, media melena, ademanes y movimientos firmes... ¡Siempre segura de sí misma! Le hizo un gesto de saludo con la mano y enseguida entró en el establecimiento.

Aquella chica, aunque estrecha, era el *pibón* más deseado de la universidad, pero la estudiante de Medicina no daba opción a nada ni a nadie; incluso los profesionales de la seducción habían terminado por dejarla en paz, sin permitirse otra licencia que alguna grosería y el descaro de sus miradas lascivas. Estudiaba tercer curso y, últimamente, se dejaba ver mucho con Adolfo Antuna.

Al pasar junto a la barra pidió un té verde al camarero y fue a sentarse en un taburete junto a él.

—Estás muy guapa Marusa -le había dicho.

—Gracias Adolfo, perdona por el retraso. Se me escapó el autobús de la media —dijo, aún con un toque de sangre en la cara.

—No importa mujer, apenas hace un ratito que he llegado. La verdad es que estoy cansado, anoche me acosté tarde y hoy tengo pocas ganas de fiesta; si te parece vamos al cine y nos recogemos pronto.

—Como quieras, yo tampoco quiero mucho jaleo. El jueves empezamos las prácticas de hospital y nada que ver con el día a día de la universidad: el contacto con enfermos, las ganas de que nos dejen intervenir en los protocolos, la admiración por los profesionales de esos macro centros... Demasiadas cosas nuevas que, poco a poco, te van tensando y al final la dejan a una de aquella manera.

—No lo sé, pero supongo que estar todo el día con pacientes será complicado. Aunque... Supongo que hacer prácticas con enfermos de carne y hueso será la prueba de fuego que discrimina la verdadera vocación, del mero esnob de ser médico.

—Esa es la idea exacta. En una clínica pierde fuerza la teoría, sencillamente sirve o no sirve; como dice un internista muy bruto: «o aguantas el tirón de las miserias o te vas para tu casa...» Si acaso, dice el doctor Guillen con ironía, podrías dedicarte a la investigación. Yo creo que esta profesión me llena lo suficiente como para entregarme a ella.

Bajaron caminando hasta la Puerta del Sol y, cortando por el Pasaje de Preciados, llegaron a la Plaza de Callao. Un gentío les acompañó todo el recorrido.

—Uf qué agobio, ¡por Dios! —había dicho Marisa.

—Pues a mí me gusta estar entre la multitud, es una sensación que no me desagrade: la energía positiva que desprendemos...

—¡Eso son bobadas! ¡Qué energía positiva ni qué ocho cuartos! Tú no ves que la gente va envenenada... ¡Vivir toda la

vida así ha de ser insufrible! Yo perdería mi identidad hasta... ¡Déjalo! Espero poder irme fuera de Madrid.

—Está bien, lo que tú digas, que no tengo ganas de discutir. ¿Qué quieres ver? Me han dicho que este espectáculo de Callao es un plomo, pero quizás por ahí abajo haya alguna peli interesante.

—Me da lo mismo, lo único que me apetece es sentarme a descansar los pies. Caminar con estos tacones me está rompiendo...

Finalmente entraron a ver la película *Medianoche en París*, de Woody Allen, que proyectaban en los cines Gran Vía.

—¿Qué te ha parecido la obra? —le había dicho a la salida.

—Ay, pues no sé. Las cosas de Allen no me hacen demasiada gracia, pero esta película me ha gustado. Es una comedia romántica que deja ver eso que siempre le pediríamos a una escapada en París... Y ese Owen Wilson hace un papelón buenísimo. Sabes que esta obra tiene el Oscar al mejor guion.

—De los premios no hay que fiarse. Las cosas que hace este tipo tampoco me entusiasman, es más, me molesta ese protagonismo enfermizo que se da el caballero. Pero en esta propuesta, aunque sea algo acaramelada para mí gusto, logra transportar al espectador a la magia del París de los grandes momentos y de los grandes artistas. La música de jazz y la voz de Cole Porter son una auténtica pasada. También me ha gustado Marusa, ha sido un acierto entrar a verla.

—¿Nos acercamos un rato por Santo Domingo? Por ahí arriba andarán las amigas y gente de la facultad.

—De acuerdo, de acuerdo, pero no olvides que hablamos de volver pronto a casa, —concedió él.

Las calles aledañas a la plaza permanecían cortadas al tráfico hasta las seis de la madrugada: el sonido vivo de los meso-

nes, el reclamo de los pubs y la música machacona de los corrillos, formaban una algarabía que aturdiría los sentidos. Aún era pronto pero, entre la marabunta de jóvenes, encontraron a compañeros en el interior de los locales o haciendo botellón alrededor de los bancos públicos.

El Paco llamó su atención desde La Cuadra del Progreso, un recinto de música country que se había impuesto como lugar de moda. Acercándose disimuladamente le había dicho con aire de misterio:

—¡Cuidate Adolfo! sales en varias fotos de prensa y, esta vez, la cosa puede ponerse fea: los genios del ministerio se han puesto a trabajar, pronto encontrarán el hilo y tirando de él llegarán a la madeja —le había dicho. Y, sin esperar contestación, se perdió entre la gente.

—¿Quién era ese tío tan raro? ¿De qué te conoce para hablar con tanto secreto? —preguntó Marisa picada por la sorpresa.

—Es un delegado de la facultad de Políticas. Se hace llamar «El Paco» y aunque no lo parezca es un compañero muy legal.

—Pues vaya pintas que se gasta el chico. Si tiene la cabeza tan desarrapada como la ropa, ¡Dios nos libre! Con esos pelos y esas rastas en la barba parece la reencarnación de Rasputín.

—Javier, bueno, «El Paco», es un compañero que añora los movimientos anarquistas de los años treinta y una persona muy comprometida. Para mi gusto, un tipo demasiado complicado que quiere salvar al mundo de los males presentes y futuros. Se llama Javier Cuesta y su padre fue un conocido político en la época de la UCD... Él quiere que le llamen «Paco», no sé por qué.

—Pero tú no andarás con gente tan rarita...

—El Paco es un chico muy inteligente, su aspecto exterior te intriga y luego su labia te convence. Sí, es un personaje raro como todos los encantadores de serpientes. No te acerques demasiado a él porque puede abducirte para su causa o para su cama.

—No digas bobadas, sabes que a esa gente quiero tenerla cuanto más lejos mejor, —contestó con manifiesto desdén.

—No es para tanto «Marusiña». Sus ideas no hacen daño a nadie y ya quisiera tener yo el tiempo que tiene él. Siempre ando corriendo de una facultad a otra y de un aula a la siguiente. Coincidimos en algún debate, él viene cubierto por su grupo de camaradas libertarios pero nuestros planteamientos son muy diferentes.

—En la posición de tu familia y con el prestigio que tienes en la universidad, no me gustaría verte mezclado en esos jaleos.

Un grupo de jóvenes, cada cual más pintoresco, se acercó a saludar a Marisa. Eran compañeras de Medicina que andaban colgadas del brazo de erasmus escoceses y estaba también su hermana pequeña.

Sara tenía diecinueve años y vivían juntas con una chica de Cuéllar. Sarita Alierta era menos atractiva que su hermana y tampoco se ocupaba en disimularlo: vestía con descuido, practicaba deportes de contacto, frecuentaba salas de arte, era voluntaria en varias ONG... Una pérdida de tiempo que su hermana rechazaba con energía, pero sin ningún eco.

Saludó con desenfado y miró a la pareja como diciendo: «¡Vaya par de cursis presumidos! Un dandi que juega a niño de izquierdas... Ella, como una boba, dedica el poco dinero que le queda a complacer su narciso y deslumbrar a los chicos». Pero Sarita sonrió complaciente y se marchó con el grupo.

Eran jóvenes que vivían la noche con la levedad de quien apura los licores que les regala la vida, al ritmo de los acordes de una partitura que les ha tocado interpretar.

El cabrón de «El Paco», un tipo habitualmente bien informado, le había dejado inquieto con aquella advertencia. Cierto que se les había ido la olla y habían entrado en la provocación de la pasma, pero ¿qué podía esperar el gobierno de un desafío tan evidente?

Los jurídicos que estudiaron la oportunidad de la protesta dijeron que no habría mayores problemas con autorización o sin ella, pero luego todo se había complicado al no impedir que se incorporase aquella panda de salvajes. Los compañeros de seguridad perdieron el control y aquello fue el acabose. Pero, ¡joder! ¡Vaya subidón de adrenalina al ver delante a esos gorilas ansiosos de pelea! De todas formas, la acción del viernes había derivado en algo vergonzoso que no tenía justificación.

Ya se sabe que en una situación tan al límite, los problemas de la gente pueden encontrar una salida irracional en la violencia y en la destrucción. Una obviedad que no parecía prever la dirigencia, o quizás sí... En todo caso, una vez desatado el caos, había sido imposible retomar la acción pacífica.

«Pero no había que agobiarse» —pensó— «abrirían expediente por estragos o algo parecido y después ya se vería».

—¡Adolfo! ¿Pero qué te pasa? Estás como ausente, parece que ni me escuchas...

—Perdona Marisa, estaba en otra cosa. ¿Qué era eso que me decías?

—Es igual, déjalo. ¿Quieres que vayamos a otro sitio más tranquilo? Aquí tienen la música demasiado alta. Te preguntaba por Sara...

—¿Qué le pasa a tu hermana? Yo apenas la veo por el campus. Trabajo Social está cerca de la facultad de Derecho, pero los horarios no deben coincidir. Tengo entendido que «Sarita» anda con varios colectivos, aunque no sabría decirte si va con ecologistas de la plataforma antidesahucios... A mí me parece una chica muy desenvuelta.

—Tal vez demasiado, mi hermana no para en casa, no estudia y tampoco hay quien le diga nada... Es el segundo año que estudia en Madrid y mis padres están que trinan con sus notas... Mejor cambiamos de tema. Entonces, ¿vamos a otro lugar o no?

—No, estoy cansado y no me apetece beber nada. Me duele un poco la cabeza, aunque me da palo aguarde la noche.

—No te preocupes por mí. Si te encuentras mal, no te obligues y vete a casa. Yo me quedo un rato con la pandilla y después ya volveré con alguna chica del barrio, —le dijo cariñosa.

—Gracias, eres muy comprensiva Marusa y hoy te lo agradezco especialmente. Mañana te llamo y me cuentas cómo termina la noche.

—Si no te molesta, me acompañas a La Cuadra y me acomplo en algún grupo.

—Bien, vamos entonces.

De camino a casa hizo algunas llamadas, quería averiguar lo que había de cierto en lo dicho por aquel imbécil, pero ningún compañero le cogió el teléfono.

Al gobierno le gustaba hacer sangre con aquellas cosas, sacar pecho y presentarse ante la sociedad como dirigentes duros y garantes del orden. Aunque, bien mirado, también podría ocurrir lo de otras veces: se aprovechaba el jaleo para dar caña a la oposición acusándoles de condescender con los violentos, demonizaban a los participantes en las algaradas y

luego, si así convenía, siempre habría tiempo de abrir la puerta de atrás o dejar que se enfriase el asunto.

Un par de mensajes de texto le confirmaron los peores temores: la policía había encontrado brecha y ya andaba interrogando a la gente más visible de los ultras.

Aquello no le extrañó: esos chicos estaban en las carteladas de la pasma y, en efecto, eran una gente indeseable. Él sabía de buena tinta que los sábados convocaban a la tribu para ir a patear inmigrantes y hacer ostentación de sus señas de identidad.

—Hay que joderse: les pusimos la fiesta en bandeja a esos cabrones. Primero, se divirtieron provocando a todo quisque y luego dando leña a calzón suelto.

Aquellos eran tipos duros y estaban acostumbrados a bregar con la policía, pero nunca se sabe y, si no querían comerse solitos el marrón, hablarían.

Todo indicaba que los maderos llegarían a los pormenores de la planificación y pondrían a la organización en el punto de mira. Era cosa de tiempo: de que lo empujasen a la prensa, de cuánto apretase la opinión pública... Pero la cortina de silencio que habían impuesto los compañeros indicaba la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

Su madre aún estaba levantada y se sorprendió de verle llegar tan pronto. No le parecería normal que volviese a esa hora. «¡Salvo que el niño anduviera enfermo!», debió pensar.

Tranquilizó a Begoña diciéndole que todo estaba bien, que estaba cansado de la semana y, además, quería madrugar para estudiar.

Tomó un baño de asiento y se metió en la cama. Incapaz de conciliar el sueño, se volvió a levantar y puso un disco en la pletina. Se ajustó los auriculares y comenzó a recoger la habi-

tación: los libros, los papeles de la mesa, las cajas de discos, las estanterías, la zapatera, la ropa de los cajones y del armario... Finalmente, metió en una bolsa la ropa que llevaba puesta en la refriega.

«Mañana temprano tendré que deshacerme de ella en un contenedor bien alejado del barrio», pensó.

Los desvelos que Begoña Martínez prodigaba a sus hijos eran lo único importante en su vida; todo lo demás podía esperar. El proceso de la separación fue un golpe duro para ella, pero se repuso pronto: la tenacidad de su carácter, el saber que Adolfo estaba bien y la convivencia con los niños, le ayudaron a superar la decepción que sentía por el comportamiento de su marido. Verdad era que el temperamento y la terquedad de la niña la irritaban, pero su hija tenía buen fondo y apenas se le pasaba la sofoquina se venía a buenas. No, no tenía nada que decir. Adolfito y Carmina eran buenos hijos y nunca le habían dado grandes disgustos. Con el grupo de amigas bajaba a la piscina, iba al gimnasio, a merendar, al cine, al teatro... Pero eran los pequeños éxitos de los chicos y la fidelidad al recuerdo de su marido, al que siempre querría bien, lo que mantenía la ilusión de aquella mujer joven, hermosa y rica.

Notó muy raro a su hijo aquella noche: solo unas horas antes se había ido tan coqueto como siempre... Y eso de que venía cansado de la semana o que tenía mucho estudiar eran excusas que no le había creído en absoluto. Pero el chico andaría en sus cosas y, como todos los jóvenes, «tendría sus contratiempos», pensó. ¡Ojalá Carmina fuese una niña tan responsable como su hermano!

La niña, desde que cumplió los dieciocho años y empezó a reclamar libertad para entrar y salir a su antojo, la tenía siempre con el alma en vilo. Y como era una chica tan reser-

vada con sus cosas no sabía casi nada de ella: ni con quien salía, ni lo que hacía... Lo que se dice nada. Alguna vez intentó hablarle de los peligros de la vida, de la conveniencia de reservarse para el matrimonio, de protegerse, de que... Pero no había manera, su hija se creía una mujer y no le dejaba ninguna opción. Si insistía demasiado, volvía siempre a lo mismo:

—Venga mama, que yo sé lo que hago.

—Eso es lo que te crees niña, pero la realidad de la vida es muy distinta. Solo porque vais al instituto o a la universidad ya creéis conocerlo todo del mundo, pero no es así. Hay muchos peligros en los que una chica como tú puede...

—Ay, mama, no seas cansina, todos sabemos que tu vida no ha sido precisamente una colección de habilidades para que vengas a darnos lecciones a los demás.

—¡Niña! ¡No consiento que a tu madre le hables de esa manera! Y otra vez vuelta a empezar...

—¡Te quiero mucho, mamá! Adiós, adiós que me esperan en la plaza y recuerda que hoy vendré más tarde o me quedaré a dormir en casa de papá. Perdona, me voy que ya me han dado tres toques.

Aquella niña tenía un temperamento imposible, había sacado el genio de su padre y es que no aguantaba nada. Menos mal que vivían en uno de los mejores barrios y no tenía que preocuparse por los malos ambientes, ni por las comunicaciones para volver a deshora.

—¡Si le pasa algo a esta niña, no sé lo que haría! Carmina es los ojitos de su padre, pero la tiene tan consentida que se ha creído que puede... —se quedaba hablando sola.

La hija de los Antuna se había convertido en una mujer de bandera que volvía la mirada de los hombres, pero había

desarrollado un control de la situación y un saber estar que ya quisieran para sí muchos chicos. Las continuas discusiones con su madre, el juego a ser la hermana pequeña, la resolución y la independencia que fue mimetizando de su padre, habían forjado una personalidad tan fuerte, que afrontar las impertinencias que levantaba a su paso era un juego para ella.

Oyó que el niño estuvo despierto hasta muy tarde, pero sabía que no estaba estudiando. Aquellos ruidos llegaban de manera compulsiva... Lo que quiera que estuviese haciendo le tenía inquieto. Conocía demasiado bien a su hijo para saber que detrás de ese aire de seguridad, Adolfo era un chico sensible y dubitativo que necesitaba reafirmarse con algo o con alguien.

Carmina no vendría hasta por la mañana, de modo que apagó las luces de la casa y entró en el dormitorio.

Un silencio respetuoso envolvía la lujosa finca de propietarios la mañana de los domingos: solo las tareas del portero, un vecino que saliese a misa de primera hora o alguna cosa muy extraordinaria se permitía romper la quietud y el descanso de los residentes.

Begoña, insomne impenitente, se levantaba temprano para hacer el café, horneaba una bandeja de dulces y luego deambulaba por la casa atendiendo las plantas o disfrutando de la vitalidad matinal de los pájaros en las jaulas del patio.

Eran cerca de las diez de la mañana, pero Adolfo no rebullía y su hija no había llegado ni seguramente lo haría antes del mediodía. El timbrado súbito del portero automático la sobresaltó y enseguida oyó la voz grave del mayordomo que le decía:

—¿Doña Begoña? Hay dos personas que quieren verla. Dices que es cosa urgente, algo oficial según parece.

En la pantalla vio a dos hombres jóvenes que hablaban con el conserje. Iban vestidos de manera informal y se apoyaban en el mostrador.

—Está bien don Matías, deje que suban los señores.

Se miró en el espejo y, colocándose apresuradamente el pelo y la falda, se dirigió a la puerta principal.

La sorpresa inicial se tornó en zozobra e intranquilidad: ¿le habría pasado algo a Carmiña? ¿Tal vez su marido...? Pero no tuvo tiempo de profundizar en aquellos pálpitos porque, antes de llegar al recibidor, comenzó a sonar la armoniosa campana del zaguán. Abrió la puerta con resolución.

—¿Es la residencia de la familia Antuna? —oyó que decían.

—Así es, señores. ¿Ocurre algo? ¿Quiénes son ustedes y qué les trae por aquí un domingo y a estas horas de la mañana?

—Verá, señora. Somos agentes de policía —habían dicho mostrando su placa identificativa— ¿Se encuentra en casa don Adolfo Antuna Martínez?

—Sí, sí, Adolfo es mi hijo y está descansando en su habitación. ¿Qué pasa con mi hijo? —preguntó nerviosa.

—El joven deberá acompañarnos a comisaría, lo lamento señora, pero traemos una orden de arresto contra él, —dijo el hombre de menor edad.

Aquellos hombres se habían llevado a su hijo detenido y ella, presa de un ataque de ansiedad, quedó aturdida y sin saber qué hacer. Solo acertó a llamar a casa de Adolfo para pedirle, entre sollozos, que viniese a casa con la mayor urgencia porque había ocurrido una desgracia en la familia. Después, como si transmitir aquel sencillo mensaje le hubiese supuesto un esfuerzo sobrehumano, se dejó caer en el sillón y siguió llorando desconsoladamente.

Deambuló por la casa hasta que, agotada por el nerviosismo y superada por la noticia, se derrumbó de nuevo en el diván.

Al fin sintió llegar a su marido. Adolfo tenía llaves de la casa y entró en la sala con un bufido de desesperación.

—¿Me quieres contar de una vez qué es lo que ha ocurrido? ¿Y por qué demonios se han llevado al chico? ¡Habla de una vez, por Dios!

Pero ella no acertaba a decir nada. Se dispuso a hablar, pero no le salían las palabras y, ante la insistencia de su marido, rompió a llorar.

—Una manifestación, una manifestación... Dijo al fin entre hipidos. Parece que hicieron muchos destrozos en la calle y en los comercios, pero no sé nada más. ¡Adolfito está en un calabozo con los delincuentes! ¡El niño está solo y tú tienes muchas influencias, haz algo por favor! ¡Tienes que sacarlo de allí, por lo que más quieras, se trata de nuestro hijo!

—¿Qué cuerpo de policía era? ¿A qué comisaría se lo han llevado? ¿Traía una orden judicial?

—No lo sé, no lo sé. Venían de paisano y traían un mandamiento de arresto que leyó el niño. Después me pidió que me tranquilizase y te llamase por teléfono. ¿Qué es lo que habrá hecho este hijo mío? Arriba ha dejado una bolsa llena de ropa sucia, como de haber estado en algún jaleo de pólvora y de humo.

—Tú hijo tenía razón Begoña, tranquilízate. Cuando puedas te deshaces de esa bolsa, yo hablaré con Ortega para que su despacho se haga cargo inmediatamente. Supongo que la detención estará relacionada con el desastre que hicieron de la Gran Vía. Trataré de averiguar de qué se le acusa y algo se podrá hacer. No te preocupes de Carmina, la llamé por teléfono

y viene de camino para que esté contigo. En cuanto sepa algo, te lo haré saber.

—No te olvides de llamarme con lo que sea. ¡No sé qué va a ser de nosotros si meten al chico en la cárcel!

—Te llamaré, pero no pienses que esto será fácil ni rápido de resolver. Preparas algo para comer y almorzamos los tres juntos. Y deja ya de llorar que cuando te oí de esa manera, pensé que alguno de los chicos había tenido en un accidente.